

Equipaje de ilusiones

EQUIPAJE DE ILUSIONES

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

SOBRE UNA IDEA DE
ERIC MORALES MENDOZA

2003

PERSONAJES:

ELENA.....70 AÑOS DE EDAD

CLEO.....43 AÑOS DE EDAD

ROSSY.....19 AÑOS DE EDAD

FEDE.....24 AÑOS DE EDAD

ESCENOGRAFÍA

Tres áreas en un edificio a punto de derrumbarse. Tiene algunas áreas ya derrumbadas. No será una escenografía realista. Montículos de piedras, maderas y alambres nos darán diferentes espacios según sea requerido según el texto. Puede ser desde una recámara hasta un gran salón de baile. Las ruinas así mismo servirán para usos prácticos como es una silla, una mesa, un automóvil o lo que se requiera. Habrá diversos espacios entre las ruinas sin aditamentos excepto los que lleven manualmente los actores: petacas, paraguas, periódicos, etc. Cuatro pasillos convergen al centro del escenario.

VESTUARIO:

ELENA. Vestirá una larga túnica oscura adornada con múltiples gasas de colores. Usará un sombrero de ala ancha con las mismas gasas que el

Equipaje de ilusiones

vestido. Usará tacón. Se maquilla mucho el rostro. El paraguas que usa será muy atractivo, al abrirse será como un arco iris por los colores y las formas.

Cleo. Al inicio se vestirá como un hombre acabado, con un traje raído, sucio. De su maleta sacará posteriormente un vestido muy llamativo de travesti con todos los adornos necesarios tanto en sombrero, bolsa, tacones, joyería de fantasía.

Fede. Vestirá el clásico vestuario de hippie con jeans rotos y sucios, playera con letreros, mocasines o huaraches, sin calcetines.

Rossy. En contraste con todos los anteriores vestirá ropa llamativa, sexi. Usará bolsa con cadena y tacones muy pronunciados. Estará muy bien maquillada y peinada.

MÚSICA

Actual, puede ser electrónica. Servirá para crear ambientes.

ILUMINACIÓN:

Muy importante ya que será la que transforme las ruinas en diferentes espacios.

PRIMER ACTO

Al iniciarse la obra se escucha música en la oscuridad total, se iluminarán los cuatro pasillos que convergen en las ruinas. Se pueden iluminar con candilejas antiguas de teatro. Posteriormente se iluminarán las ruinas que nos deben dar diferentes figuras visuales. Al terminar este juego de luces con un seguidor a sus espaldas y por lo tanto ellos en siluetas, aparecen los cuatro personajes. Cada uno de ellos trae una maleta en su mano además de otros utensilios como puede ser el paraguas de Elena, alguna mochila deportiva muy usada el joven, la bolsa de Rossy y un necesaire en Cleo.. Los cuatro avanzan muy lentamente hasta llegar al centro del escenario. La maleta de Elena será de las modernas con ruedas y jaladera, es grande y está muy sucia pero funciona bien. La de Cleo será una maleta con flores en su dibujo, bien cuidada. La de Fede es una maleta rota, amarrada con cuerdas o mecates. La de Rossy es una maleta convencional de hace 20 años, sin ruedas. Se quedan en el centro inmóviles. Elena coloca su maleta en el centro del escenario, se sienta sobre ella. Suspira. Se seca el sudor con las gasas de su vestido. Cambian las luces, ahora como en discoteque se prenden y se apagan focos de colores. Los otros tres personajes toman su maleta y caminan de un lado a otro en el escenario, salen y entran a él, para al final desaparecer de la vista. Lo harán con prisa. Elena de su bolso de mano, que es voluminoso, saca primero un pañuelo con el que acaba se secarse el sudor. Se suena. Lo vuelve a guardar. Observa hacia los cuatro puntos cardinales. Sonríe. Saca después unos viejos binoculares teatrales. Los afoca, ve hacia los cuatro puntos cardinales. Ríe. Vuelve a usarlos, ahora ve hacia el cielo, hacia el infinito. Sonríe.

ELENA.- Primero el gran teatro del mundo, hombres destruyendo lo creado por ellos mismos, después el gran teatro del firmamento, estrellas que chocan entre ellas, galaxias que quieren engullir a otras galaxias, agujeros negros que todo lo quieren para ellos y son insaciables, cometas que huyen de su lugar de origen. Y todo regido por el destino. Un destino que nos lleva a todos: a los habitantes de la tierra, a los habitantes de cualquier planeta, a los mismos planetas, a las gigantescas galaxias, a todo lo creado a la destrucción, a la muerte. Al fin de cuentas eso es el destino, la aniquilación, la nada. Nada somos y en nada nos vamos a convertir.

Ríe un largo tiempo, una risa muy contenida, muy para dentro. Deja de hacerlo. Ahora de su bolsa saca un pequeño mantelito, un plato, sus cubiertos, una copa, una botella de vino y unas frutas y panes para comer. Todo lo coloca sobre una de las ruinas. Se sacude las manos para limpiarlas. Se sienta a comer. Lo hace con enorme gusto, disfruta de la comida y de la bebida. Puede tararear mientras come algún vals de operetas como el de “La Viuda Alegre” o cualquier otro. Entra Fede procurando que no lo vean, casi arrastrándose, se acuesta en el suelo evitando que lo vea Elena. Ésta sigue comiendo. Después de un momento se dirige a Fede.

Tengo un trozo de manzana y me queda media copa de vino... ¿gustas? *(Espera un largo momento)* ¿Hoy qué tienes...te golpearon, bebiste de más, se te pasaron las drogas o simplemente no te da la gana saludar? Allá tú. Te estás perdiendo un día bello. *(Tararea de nueva cuenta)* No viniste a dormir anoche. Te perdiste el cuento ochocientos noventa y seis de mis mil y una noches y setecientos treinta días. Rossy y Cleo sí me escucharon, no sé si hasta el final,

pero me escucharon. Les relaté lo fastuoso que era este hotel, donde ahora estamos tú y yo, antes de que se destruyera. Lo visitaban emires con sus treinta odaliscas y sus cuatro eunucos, príncipes de piel transparente, refulgentes estrellas del celuloide, cantantes de voz portentosa, boxeadores con brazos tan gruesos que mis dos manos abiertas no lograban abarcar, millonarios sudamericanos que se hacían acompañar por orquestas con maracas, güiros, papagayos y mulatas casi desnudas. Qué elegancia, cuántas plumas, cuántas sedas, cuántos sombreros. ¿Y quién brillaba entre todos ellos? Elena, la gran Elena, tu segura servidora. *(Se levanta y con gran señoría camina por entre las ruinas)* Los caballeros se ponían sus monóculos para admirar mi porte, mi belleza; las mujeres ocultaban tras abanicos su envidia, su furia, su deseo de asesinarme. Bueno, no todas, alguna también se prendó de mi belleza y sutilmente trataba de acercarse a mí para rozar mi mano, mis dedos...Yo no miraba a nadie, me miraba a mí duplicada mil veces en los grandes espejos del salón. ¡Qué gracia, qué donaire!

FEDE.- *(Interesado a pesar de él)* Nos habías contado que era un edificio de oficinas.

ELENA.- El más importante de la ciudad. Aquí se decidía el dinero que se iba a enviar a África, a Asia, a América. Los grandes magnates que llegaban en autos tan largos como una calle se reunían en el primer piso. Los pies se hundían en las blancas alfombras, las maderas de los muebles eran traídas de los bosques de todo el mundo, sus lámpara te deslumbraban con los cientos de luces. Y yo, Elena, la dueña de cientos de empresas era la que decidía los precios, las transferencias, los intereses. Nada se me escapaba. Sabía los precios del níquel, del plomo, del trigo, de los vinos añejos, de las sedas de la India, de la madera de pino, de las sábanas de Egipto, de la plata de Taxco, del petróleo. Todo pasaba por mis manos: dólares, rupias, soles peruanos, pesos

de plata mexicanos, libras esterlinas, escudos portugueses, marcos alemanes, soles peruanos, lingotes de oro y plata, joyas, papeles de toda clase.

FEDE.- No te creo.

ELENA.- No es una obligación creerme o no.

FEDE.- Siempre nos engañas.

ELENA.- Nunca lo hago.

FEDE.- Dime la verdad. ¿Qué era este edificio? Me gustaría saberlo.

ELENA.- Era un centro de arte. Cuarenta y dos pisos dedicados a la música, a la pintura, a la escultura, al teatro, a la danza. Los superiores eran para aprender, los del medio para negociar con el arte y los de abajo para mostrarlo al mundo. Yo siempre estaba en el de abajo, junto a las grandes bailarinas, las excepcionales divas, a los escultores, pintores. Artistas que se me acercaban para que les prestara un momento de mi tiempo y en él esculpir, pintar, describir mi cara, mi cuerpo, mi gracia. Desgraciadamente todo se destruyó cuando una bomba lo echó para abajo. Qué no se perdió: partituras, pinturas, grabados, novelas, poesías, bustos. Pero quedé yo. Eso es lo importante.

FEDE.- Yo me fumo los cigarros y a ti te hacen efecto.

ELENA.- Vas a comer que ya voy a cerrar el restaurante.

FEDE.- Dame un poco de vino.

ELENA.- Se te va a cruzar.

FEDE.- Me vale.

ELENA.- Si a ti te eso, a mí menos. Ven, bebe.

Fede se acerca, va a tomar la botella. Ella lo impide con un movimiento. Saca un vaso, le sirve. Él de un trago se bebe todo el contenido.

FEDE.- Dame más.

ELENA.- Las cosas se piden por favor, ¿es que no te educaron de niño?

FEDE.- No mames.

ELENA.- Es vino Chianti como el que tomaba con Caruso, con Pavarotti, con Di Stefano. Lo bebíamos al amanecer en la Plaza Navona.

FEDE.- ¿Me vas a dar o no?

ELENA.- ¿Alguna vez en tu vida los oíste? Que nadie me escuche, pero mi preferido era Di Stefano. Lástima que María me lo quitó.

FEDE.- ¿Cuál María? ¿La Señó?

ELENA.- La Callas. ¿Y todo para qué? Para después casarse con ese naviero tan viejo y tan feo. Yo lo hubiera despreciado.

FEDE.- ¿Tienes cigarros?

ELENA.- ¿Alguna vez me has visto fumar? Además este sitio es para no fumadores. Ya lo sabes.

FEDE.- Dame uno, no seas...

ELENA.- Te lo doy pero con la condición de que lo vayas a fumar afuera, en la calle.

FEDE.- Lo que quieras. *(Elena saca de su bolsa una cajetilla de cigarros. Elegantemente le ofrece uno a Fede. Éste trata de agarrar toda la cajetilla. Hábilmente Elena la retira a tiempo). ¡Lumbre! (Elena saca un encendedor, le ofrece lumbre. Fede aspira el humo voluptuosamente)*

ELENA.- Ahora a la calle. No contamines mi espacio.

FEDE.- ¿Cuál contaminar? No tenemos techo ni ventanas ni nada.

ELENA.- Te lo voy a quitar.

Fede juega con ella. Ella se acerca, él se hace hacia atrás. Después se persiguen un poco. Fede termina parado sobre alguna de las ruinas. Ella lo amenaza desde ahí. Los dos ríen. Fede baja de un brinco, finge lastimarse.

FEDE.- ¡Ay, ay, ay! ¡Ya me jodí el pie! ¡Ay, ay!

Elena se preocupa de verdad, casi corre hasta donde está Fede para ayudarlo.

ELENA.- ¿Dónde te duele?

FEDE.- Aquí. Ay, ay, ay.

ELENA.- No te muevas, te voy a curar. Pon flojos los músculos.

FEDE.- Ay, ay, ay.

ELENA.- No se ve que tengas nada.

Fede se pone de pie de un brinco. Ríe.

FEDE.- Te vacilé, te vacilé.

ELENA.- *(Aliviada de que no tuviera nada, finge enojarse)* ¡Tonto y más que tonto! ¡Bruto! Eso eres.

FEDE.- ¿Me perdonas?

ELENA.- No debería. Muchacho tonto.

FEDE.- ¿Sí o sí?

ELENA.- Sólo si me prometes no salir el día de hoy. Ya te desvelaste mucho.

FEDE.- No seas.

ELENA.- Sí soy.

FEDE.- ¿Y qué me quedo a hacer?

ELENA.- A platicar conmigo.

FEDE.- Contigo no se platica, tú eres la que habla.

ELENA.- Bueno, te quedas a oírme.

FEDE.- Está bien, pero entonces dime porqué vives aquí, en este lugar. Dices que eres rica...o que fuiste.

ELENA.- ¿Rica, lo que se llama rica? Pues no, sólo fui milloneta. (*Ríe*) Los billetes se me resbalaban como se resbala el agua de la lluvia. Ahí va uno de veinte, uno de cien, dos de quinientos, veinte de veinte. Ninguno se me quedaba en las manos, menos en las bolsas. Me encantaba gastar. Gastar por gastar, no gastar para comprar lo indispensable. Eso fúchila. Gastaba en perfumes franceses que nunca abría, en ropas que no me ponía o si me ponía las regalaba al primero que veía. Me encantaba entrar a una tienda y ordenar: pónganme diez de estos, una docena de aquellos, todos los de color rojo, los que modelaron, los de falda corta.

FEDE.- Ya en serio, dime por qué te viniste aquí. Es un lugar muy pinche.

ELENA.- Ya que insistes te lo diré, fue en un arrebato de amor. Ay, cómo me ha hecho sufrir el amor.

FEDE.- Platica.

ELENA.- Fue a causa de Hernán. Qué hombre tan guapo. Todo lleno de pelos. Pelos en el pecho, pelos en los brazos, pelos en las piernas, pelos...ahí. Me volvía loca meter mis dedos en esa selva oscura. (*Suspira profundamente*) Nunca he visto un hombre tan peludo como él. Pero tenía un defecto, un defecto enorme.

FEDE.- Ya sé, su selvaapestaba.

ELENA.- No, era casado. ¿Por qué todos los hombres interesantes o están casados o son jotos? Terminé con él a pesar de mi pasión. Me buscó. Juró matarme si no volvía a su lado. No me quedó otro remedio que escapar...y así vine aquí. Sé que aún me busca por el mundo, que ha pagado detectives para que me localicen. Ya no me interesa. Aquí jamás me encontrará. Ahora dime tú por qué te viniste a este sitio.

FEDE.- No se vale. Tú no acabaste.

ELENA.- Si no lo dices tú lo digo yo y verás que es igual. Te viniste porque ya no aguantabas a tus padres y tus padres ya no te aguantaban a ti. Te viniste para vivir libre, libre como ratón. Libre para entrarle a la mota, para hacer sexo, para vivir como a ti se te antoje. ¿No es verdad?

FEDE.- Más o menos, pero sí, por ai anda la cosa.

ELENA.- Todo el que se viene a vivir a estos lugares es siempre por lo mismo: rechazo de la sociedad y deseo de ser libre. Rossy se vino para ejercer el sexo.

FEDE.- ¿Y Cleo? No me digas que por lo mismo que yo.

ELENA.- No, él vino para salir del closet, para ser lo que nunca ha sido y que aún no logra. De los cuatro es el más jodido.

FEDE.- Yo por mí lo mandaba a otro lado. Aquí nomás viene a enchinchar.

ELENA.- Todos vinimos a eso, a enchinchar. Chinchas en la ropa, chinchas en el cuerpo y chinchas en el alma. Chinchas que te van comiendo poco a poco y que todos los insecticidas le hacen lo que el viento a Juárez. O sea nada.

FEDE.- O sea madres.

ELENA.- Madres, padres, abuelos y abuelas, por no decir hijos y nietos.

FEDE.- Eres bien vaciada ¿lo sabías?

ELENA.- Claro que sí. Estoy vacía de todo, de amores, de dinero, de placeres. Soy una vaciada.

FEDE.- Si nos vamos a comer unos tacos...

ELENA.- ¿Tienes dinero?

FEDE.- Yo no, pero tú sí, tú siempre tienes.

ELENA.- Hoy no tengo.

FEDE.- No seas, ya hasta me rechinan las tripas.

ELENA.- Pídele a Cleo, ahí viene.

FEDE.- A ése ni los chicles.

CLEO.- Quiubo.

ELENA.- Fede te iba a pedir algo.

CLEO.- ¿Qué?

FEDE.- Nada.

CLEO.- Mejor.

ELENA.- ¿Vienes enojado?

CLEO.- ¿Se nota?

ELENA.- Yo no te hice enojar.

CLEO.- Tú no.

ELENA.- ¿Entonces?

CLEO.- Vi a Andrés.

ELENA.- ¿Tu hermano?

CLEO.- Ese cabrón.

ELENA.- ¿Y?

CLEO.- Cuado me vio se echó a correr. Algún día lo tengo que alcanzar.

ELENA.- Olvídalo.

CLEO.- Jamás.

FEDE.- ¿De qué hablan?

ELENA.- De cosas.

FEDE.- ¿No puedo enterarme?

ELENA.- No.

FEDE.- Ah. Qué chingón ¿no?

CLEO.- *(Cambiando de tono, se vuelve maricón, sonrío)* ¡Ya! Los corajes para este lado, los odios para esto otro. Ahora tiro los dos a la basura. No, mejor los mando para el cielo, para que contaminen todo. *(Patea a dos bultos imaginarios. Ríe)* Ya están.

ELENA.- Así está mejor.

CLEO.- ¿A que ni creen? ¿Saben quién me anduvo tirando la onda? ¿Quién quería ligarme?

FEDE.- Ya dilo, no le des tantas vueltas.

ELENA.- ¿Político?

CLEO.- Fría.

ELENA.- ¿Banquero o comerciante?

CLEO.- Fría.

ELENA.- Ya sé. Periodista.

CLEO.- Helada.

FEDE.- Uno del medio. Artista.

CLEO.- Sí que sí. Ni más ni menos que Luis Arturo Fonseca, el galán de los galanes, por el que todas las chicas se vuelven locas. Pues que se me pega. ¿Y yo qué hacer? Era Luis Arturo.

FEDE.- Tuviste que decirle que sí.

CLEO.- Pues que otra cosa podía yo hacer. No todos los días se te acerca un galán como él. Está cómo quiere.

FEDE.- Será como quieras tú.

CLEO.- Bueno, sí.

ELENA.- ¿Trajiste algo de comer, algo de beber?

CLEO.- No. Esta cabeza mía. Se me olvidó que hoy me toca.

ELENA.- Aún puedes ir.

CLEO.- Sospecho que no. No tengo dinero.

FEDE.- ¿El galán de los galanes no te dio nada?

CLEO.- Cómo se te ocurre que yo le hubiera pedido algo.

FEDE.- Sí, me imagino que lo que te dio te bastó totalmente.

CLEO.- Pues fíjate que sí.

ELENA.- Tendremos que hacer lo de siempre.

FEDE.- Ah, no. Me niego. Ponerme de tarado ya me caga los huevos.

ELENA.- Mi nieto tarado. Mi nieto que me impide trabajar. Mi nieto al que le tengo que dar tantas medicinas.

Elena se coloca como una madona, como la “Piedad” de Miguel Angel. Fede a sus pies gime como un niño down. Elena eleva la mano para pedir limosna. Están un rato así, en esa posición. Se levantan riendo los dos. Una música ambiental realza este momento.

FEDE.- ¿Cuánto juntamos?

ELENA.- Lo suficiente.

FEDE.- ¿Me puedes dar una parte?

ELENA.- No es pastel para darte rebanadas. Aquí todo es para todos...pero yo soy la que lo administro.

FEDE.- Porfa.

ELENA.- Te voy a dar pero para que vayas a comprar pan, queso, vino. Cenaremos a la francesa el día de hoy.

FEDE.- Qué vaya éste. A él le toca.

CLEO.- No soy ningún éste. Si al menos dijeras que vaya ésta...pues podría ser.

ELENA.- ¿Tendré que ir yo? ¿Yo que tengo todas las enfermedades del mundo? Que tengo diabetes azucarada, escoliosis lateral, pancreatitis severa, estomatitis superior, hongos en los pies, caspa en la cabeza, que padezco miopía midriática, estrabismo astigmático, ascaridiasis galopante, hipertensión fulminante, que soy neurótica conocida, que tengo stress recurrente.

FEDE.- Ya párale. Está bien, yo voy.

ELENA.- Gracias, hijo.

FEDE.- Ya te dije que no me digas nunca hijo. No soy tu hijo ni quiero serlo.

ELENA.- Todos son mis hijos.

FEDE.- Yo no.

CLEO.- Yo sí.

ELENA.- Gracias, hijo.

CLEO.- De nada, madre.

ELENA.- Nada de madre. Yo no soy madre de nadie. Ustedes son mis hijos pero yo no soy su madre. ¿Entienden? Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

En ese momento llega Rossy, viene también enojada, se dirige a Cleo directamente sin saludar a nadie.

ROSSY.- ¿Cuántas veces te tengo que decir que no agarres mis cosas?
¿Dónde está mi base de maquillaje?

CLEO.- ¿Tú piensas que yo voy a usar eso? La base es para personas prietas, como tú, no para gente blanca, como yo.

ROSSY.- ¿Dónde está?

CLEO.- Yo que voy a saber. Todo lo dejas por todos lados, todo botado. Como si no te bastara con el botadero de este edificio.

ROSSY.- ¡Lo quiero en este momento!

CLEO.- Búscalos. Pregúntale a Elena, a Fede. Ellos también lo pudieron agarrar.

FEDE.- Yo no me pinto como tú.

ELENA.- Una base que desaparece. Así han desaparecido todas las bases de nuestra sociedad. Misteriosamente, de un día a otro.

ROSSY.- ¿Tú la agarraste?

ELENA.- ¿Para qué la iba a agarrar? Mi piel no necesita de eso para verse blanca, tersa, brillante, hidratada, con luz propia. Todas esas porquerías nada más maltratan.

ROSSY.- Hoy tengo cita con...

FEDE.- Ya sabemos, un cliente. Me imagino que un cliente rico.

ROSSY.- Tengo cita con un hombre, no un cliente.

FEDE.- ¿Un pretendiente? No me hagas reír que no tengo ganas.

ROSSY.- Es un estudiante de arte. Le gusté como modelo.

CLEO.- Y ahí vas a posar horas enteras, de a gratis. Ya conozco a esos estudiantes de arte.

ELENA.- ¿Saben que fui la musa de grandes poetas, escultores, músicos, pintores? Mi cara está reproducida en cientos de museos, en el de Londres, en el Louvre de París, en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, en el Ermitage, en...En, en, en. Varias partituras famosas llevan mi nombre. Una escultura mía está colocada en el Museo del Vaticano. Imagínense hasta donde he llegado. Hasta al Vaticano. Los artistas hacían cola para que yo les concediera unos minutos de mi tiempo. Si yo hubiera querido conservar la fama...Pero es algo tan efímero. La primera vez que me pidieron que me desnudara para hacer una escultura agarré a bolsazos al escultor. Qué te crees, le gritaba mientras lo tundía a golpes. Yo no soy una mujer que se desnuda delante de nadie sin quererlo yo misma. Y zas, otro golpe. Pobre. Terminó haciendo una escultura en donde aparezco con varias faldas y un gran tapado en el cuerpo. No le fue mal. Ganó varios premios. Con el que si me desvestí fue con Lazlo. Con él sí. Que hombre tan guapo, tan varonil, tan buen pintor. Su cuadro “Joyas” está expuesto en el Museo de Budapest. Él era húngaro. (*Se escucha algún aire musical húngaro*), *Elena más que bailar mueve los brazos*

al compás del recuerdo) Yo aparecía bailando, sólo con mi piel y mis joyas. Mis rubíes, mis zafiros, mis perlas, mis brillantes, mis topacios, mis aguas marinas. Todas las joyas las llevaba puestas. Pero yo brillaba más que todas ellas juntas. El brillo de mi cuerpo iluminaba la noche. El baile era en medio del bosque, de un bosque de abetos. (*Suspira*)

FEDE.- Muchas veces nos has hablado de tus joyas. ¿Dónde están? ¿Las vendiste, las regalaste?

ELENA.- Para qué quieres saberlo.

ROSSY.- A mí también me gustaría saber qué hizo con ellas, claro, si es que existieron.

ELENA.- ¡Por supuesto que existieron! Y aún existen.

CLEO.- En la imaginación existen mil cosas, joyas, triunfos, conquistas, amores. Eso nos hace vivir.

ELENA.- Son reales.

FEDE.- ¿Dónde están?

ELENA.- No se los voy a decir. No durarían un minuto.

FEDE.- Lo que pasa es que nunca las has tenido, que son mentiras tuyas como todas las historias que nos cuentas.

ELENA.- ¡Nunca miento!

FEDE.- Bueno, no, sólo inventas.

ELENA.- ¿Los tres creen que invento, que les digo cuentos, que nada de lo que relato es cierto? ¿Tú lo crees así Cleo?

CLEO.- Bueno, la verdad...

ELENA.- Esa quiero, la verdad. ¿Me crees o no?

CLEO.- Me gusta mucho lo que platicas, tus aventuras, tus tiempos pasados.

ELENA.- ¿Crees o no?

CLEO.- La ficción se vuelve muchas veces realidad.

Equipaje de ilusiones

ELENA.- Está claro. No me crees, ¿Y tú?

ROSSY.- Que importa si lo que nos cuentas es verdad o no. Son cosas del pasado.

ELENA.- Tampoco crees.

ROSSY.- Me es igual.

ELENA.- Pues para que sepan, todo lo que cuento es cierto, lo de mis viajes, lo de mis casas, mis castillos, mis amantes, mis admiradores. Todo es verdad. También es verdad lo de mis joyas.

FEDE.- Si es verdad por qué no nos dices dónde están. No te las vamos a quitar.

ELENA.- Están aquí.

CLEO.- ¿Aquí?

ROSSY.- En la ciudad, en una caja de un banco, supongo.

ELENA.- Aquí, en este lugar.

FEDE.- Dónde.

ELENA.- En una pequeña maleta. Es mi equipaje para el futuro.

ROSSY.- ¿Pero dónde?

ELENA.- Aquí, entre las ruinas. Guardada, escondida.

FEDE.- Muéstranosla.

ELENA.- Soy tonta, pero no tanto.

FEDE.- Podemos vender las joyas y vivir todos como reyes.

ELENA.- Así es.

ROSSY.- Podríamos tener autos, casas, vestidos.

CLEO.- Yo viajaría a todo el mundo, a la India, a Japón, al África.

FEDE.- ¡Somos ricos!

ELENA.- Siento decirles que esta historia la acabo de inventar. Como todas mis historias.

Equipaje de ilusiones

Todos se le quedan viendo entre la incredulidad y la certeza de que les está tomando el pelo. Ella sonríe ampliamente.

F I N DEL PRIMER ACTO.

SEGUNDO ACTO

Fede trata de mover piedras sin poder hacerlo. Se enoja. Patea alguna piedra. Le duele. Busca por otros lados. Desesperado se sienta a fumar. Entra Rossy.

ROSSY.- ¿Nada, verdad?

FEDE.- Ni madres.

ROSSY.- Te lo dije, son puras mentiras.

FEDE.- ¿Y si es verdad?

ROSSY.- ¿Acaso no la conoces? Siempre está inventando historias.

FEDE.- Algunas son ciertas.

ROSSY.- Yo no le creo nada.

FEDE.- Vendiendo las joyas nos podemos ir a la India. Estaríamos en el Nirvana.

ROSSY.- ¿No lo estás conmigo?

FEDE.- A veces.

ROSSY. – Todos los que pasan una noche con tu servilleta dicen estar en el cielo, entre nubes, electrizados con los rayos que salen de cada célula de mi cuerpo.

FEDE.- ¿Eso te dicen?

ROSSY.- Eso y muchas otras cosas.

FEDE.- ¿Tú peor es nada no te las decía?

ROSSY.- ¿Ése? Ni me lo recuerdes.

FEDE.- A la mejor te anda buscando.

ROSSY.- Será sólo para que le de lana. Es un desgraciado. Primero me endeuda y después...

FEDE.- Ahí déjalo, ya me lo has dicho. Menos mal que no tuvieron escuincles.

ROSSY.- Una vez se me atrasó y que me espanto, pero fue pura falsa alarma. ¿Me puedes imaginar con un niño? ¡Ni loca!

FEDE.- ¿Alguna vez has visto que trae en su petaca la seño? Nunca la deja. Se me hace que ahí debe traer la lana y las joyas.

ROSSY.- No lo creo, cualquiera se la robaría, hasta tú.

FEDE.- ¿Si nos fumamos uno? De la bilis como que no me siento en paz, y yo vivo en paz, paz con el mundo, paz conmigo mismo. Esa es la neta. La paz. En mala hora nos contó lo de las joyas. Me hizo perder la paz.

ROSSY.- Fúmatelo tú. Yo estoy esperando porque tengo una cita con un galán. A ese ni le cobro. Ya te imaginarás todo lo que me hace. Si no fuera por esos ratos...

FEDE.- ¿No me digas que todavía disfrutas? Si te acuestas con tantos.

ROSSY.- Para eso trabajo, para el disfrute y por la lana. Me gusta probar de todo. Alguien me dijo que soy ninfómana. Yo pensaba que los ninfómanos eran los que no fumaban. Nonfúmanos.

FEDE.- ¡ Pinche Rossy! ¿Cómo que nonfúmanos?

ROSSY.- ¿Y el Cleo?

FEDE.- Ni me hables de ese güey. Creo que también anda buscando la maleta de las joyas.

ROSSY.- ¿Maleta?

FEDE.- Maleta, bulto, bolsa o lo que sea.

ROSSY.- ¿Lo has visto?

FEDE.- Antes casi ni se paraba aquí, y hoy está a cada rato. Lo he visto sobre los ruinas, sobre las varillas, sobre los tabiques, sobre los muros.

ROSSY.- Está así desde que vio a su hermano. Qué odio le tiene.

FEDE.- ¿Te dijo que le hizo?

ROSSY.- Parece que siempre se burló de él, lo puso en ridículo frente a la familia y con los amigos.

FEDE.- Eso no es como para querer matarlo.

ROSSY.- ¿Tú crees que no? Imagínatelo de chavo y el hermano gritando por todos lados que era mariquita, que era del otro lado, que era gay, que bateaba con la zurda, que cachaba granizo con la mano, que era marisco. Yo por menos me lo hubiera echado al plato.

FEDE.- Mejor se lo hubieran echado a él, así no vendría a fregar a este lugar. Si no es por la vieja yo ya lo hubiera corrido.

ROSSY.- ¿Verdad que a él le hace más caso que a nosotros? A él le presta sus pinturas, sus prendedores, sus mantillas. ¿Y nosotros qué? ¿Acaso estamos pintados? ¡Pinche Elena!

FEDE.- Yo ya estoy hasta por buscarme otro lugar, ni que fuera esto el gran hotel.

ROSSY.- Bien que te gusta que ella te apapache. Ahí te haces bolita a sus pies. Y ella a rascarte la cabeza que estará llena de liendres.

FEDE.- ¿Tú sabes si tuvo hijos, nietos?

ROSSY.- Eso nunca lo cuenta.

FEDE.- Se me hace que sí. Pero si los tuvo por qué no vive con ellos.

ROSSY.- Ve tú a saber. Pero pregúntaselo.

FEDE.- Para que me conteste con quién sabe que jaladas. ¡Paso!

ROSSY.- Ya me voy.

FEDE.- Espérate, esto se va a poner bueno.

ROSSY.- ¡Tú crees?

FEDE.- No.

En ese momento entra Elena. Viste igual que en el acto anterior. Lo único que trae diferente es el sombrero. Se lo quita. Lo pone sobre una piedra. Se sienta fatigada en otra piedra. Viene con su maleta.

ELENA.- Las nubes guardaron su agua para otro momento, el viento guardó su aire para otro momento, el sol guardó su calor para otro momento y sólo yo ando de un lado a otro buscando no sé qué, haciendo no sé qué y pensando no sé qué.

FEDE.- No te molesta andar de un lado a otro con esa maleta. Déjala aquí. Nadie te la va a robar.

ELENA.- ¿Nadie?

FEDE.- Nadie entra a este lugar. Tienen miedo.

ELENA.- Prefiero llevarla.

ROSSY.- ¿De dónde vienes?

ELENA.- Del panteón.

ROSSY.- Pensé que habías ido al parque.

ELENA.- Ahí fui.

ROSSY.- Dices que del cementerio.

ELENA.- El parque es un cementerio. Cada planta es una persona, cada árbol otra, cada flor una más.

FEDE.- No entiendo.

ELENA.- Es muy sencillo. Al morir reencarnamos, reencarnamos en plantas, en animales, en otros hombres y mujeres. A mí me encantaría reencarnar en

una flor de un cactus. Son bellísimas y duran muchos días, no se mueren tan pronto como las rosas o las margaritas.

ROSSY.- ¿A poco sí crees en la reencarnación?

ELENA.- Tú misma eres un ser reencarnado en vida. Antes eras una muchachita hija de familia, una esposa agradecida a Dios, y ahora qué eres. Una puta. Eres otra. Y así somos todos. Unas veces somos unas cosas y otras veces otras. Nos reencarnamos nosotros mismos.

FEDE.- ¿Tú qué eras antes? ¿También una esposa, una madre, una abuela?

ELENA.- No, antes fui un dragón. ¡Me encantan los dragones! Con sus fauces abiertas echando fuego, con su cuerpo de serpiente abarcando todo el universo, con sus colores brillantes que opacan a los mismos colores del arco iris. Yo era un dragón, no chino, esos ya están muy vistos; yo era un dragón del caribe, un dragón alegre, jacarandoso, al que le encantaba el baile, la cumbia, la salsa. Pero una vez vinieron los americanos y con sus armas me destruyeron. Nada quedó de mí sino el recuerdo. ¿Has visto a la serpiente bajando de la pirámide en Yucatán? Esa soy yo. Una serpiente dragón.

ROSSY.- Si creyera en la reencarnación me gustaría transformarme en una niña, una niña amada por sus padres. Eso me gustaría ser.

FEDE.- Antes que me pregunten que qué me gustaría a mí les diré que yo no creo en nada de esto. Si no sé de dónde vengo, para qué estoy y a dónde voy a ir, menos voy a creer en transformarme en otra cosa. Esas son jaladas nomás. ¿O alguno de ustedes me puede decir para qué estoy aquí en la tierra? ¿Para fumar mariguana, para dormir entre piedras, para orinarme en las esquinas?

ELENA.- Estás aquí para una sola cosa, Para vivir. Y ese vivir tú lo haces a tu manera, si es para andar orinando en las esquinas pues bien vivido, pero puede ser para miles de otras cosas, muchas de ellas mejores. Dios te manda a la tierra para que vivas y cuando dejas de hacerlo, él te saca de este mundo. Los

médicos una vez me dijeron que iba a vivir muy pocos años, que ni por ilusión pensara en más de cincuenta, y ya ven, aquí estoy, viviendo la vida. A mi manera, claro está. Para eso tenemos libre albedrío.

FEDE.- ¿Y eso con qué se come? ¿Libre, qué?

ELENA.- Albedrío. O sea tú haces de tu vida lo que tú quieras.

ROSSY.- Otras veces nos has hablado del destino, que hagamos lo que hagamos siempre vamos a terminar como lo diga el destino. ¿Entonces de qué sirve vivir como uno quiere si va a llegar otra fuerza y lo destruye todo?

ELENA.- Claro que creo en el destino. Ese es el Dios que les dije que nos llevará cuando dejemos de querer vivir. El destino lo vamos construyendo nosotros, no al revés. Si quiero que me dé cáncer entonces fumo y hago otras barbaridades, si deseo morir rico, hago otras barbaridades, pero así muero. Lo que habría que pensar es para qué. Para qué morir rico. Las riquezas son para vivirlas, no para heredarlas. Por eso yo heredé en vida todo lo que tuve, mis casas, mis autos, mis riquezas.

FEDE.- Nos dijiste de las joyas.

ELENA.- Eso ya se te volvió una obsesión. Diario me preguntas por las dichas joyas. Te diré la verdad. Sí las tengo y las tengo muy bien guardadas en este edificio. Y también es cierto que todas las regalé a su debido tiempo. No me quedó ninguna. Así de fácil es todo. Tengo y no tengo. ¿Contento con la respuesta? Tengo salud y no la tengo. Tengo amigos y no los tengo.

FEDE.- No me gusta que me vacilen.

ELENA.- Nadie lo está haciendo. Te estoy diciendo mi verdad.

Llega de la calle Cleo. Ahora viene pintado de mujer el rostro y con peluca pero viste como hombre.

FEDE.- Lo que nos faltaba.

Cleo al hablar tomará un dejo femenino pero sin ser exagerado. También acentuará sus movimientos corporales en esta dirección. Nunca será una loca desahogada.

CLEO.- ¿Hay reunión? Qué bueno. Me moría de ganas de encontrarlos para platicarles. ¿A qué no saben? Me aceptaron en la Academia de Danza de Bellas Artes. Imagínense a mi edad y me aceptan. Claro que hubo ciertas recomendaciones. Pero ya estoy. Ahora con los ejercicios todos van a envidiar mi cuerpo, cuerpo de jarocho ardiente, cuerpo de mulata fogosa, apasionada. *(Tararea algún ritmo tropical, da algunos pasos bailando, puede ser una conga o una rumba. Se sienta muy satisfecho)*

ROSSY.- ¿Me enseñas cuando ya sepas?

CLEO.- ¿Cómo que cuando ya sepa? Ya sé.

ROSSY.- ¿Me enseñas?

CLEO.- Bueno.

FEDE.- Unos días te vuelves bailarina y otros quieres matar a tu hermano. ¿Quién te entiende?

CLEO.- Nadie. Así de fácil. Nadie me entiende.

ELENA.- Ni nos entendemos a nosotros mismos. El que diga que sí se entiende miente con todas sus letras. Nadie de nosotros entiende por qué somos capaces de amar pero también de odiar, de dar la vida y querer quitársela a los demás.

FEDE.- Yo no soy asesino.

ELENA.- Toda la humanidad lo es, en especial los padres que traen hijos al mundo para que se mueran. Saben que al darles la vida también les están

dando la muerte. Y no les importa. Ellos a tener uno, dos, cinco, los que sean. Y luego dicen que no somos egoístas. Tenemos hijos para disfrutarlos un momento, para que nos sonrían, den sus primeros pasos a nuestros brazos, nos muestren sus calificaciones con dieces. Qué hermosos son, como nos quieren. Pero todos ellos desde el momento en que nacen son carne de cañón del cielo. A eso los trajimos, todos a morir de una forma u otra, pero a morir.

FEDE.- ¿Tuviste hijos?

ELENA.- (*Piensa un largo tiempo antes de contestar*). Dos, uno se me murió y la otra se fue, no me pregunten dónde ni por qué, simplemente se fue.

ROSSY.- ¿No nos quieres platicar?

ELENA.- ¿De mis hijos? Ya hasta dudo que los haya tenido, fue hace tanto tiempo. Eso es todo lo que les puedo, o más bien dicho, lo que les quiero decir. Imagínense lo demás. Si el hijo murió siendo niño, si murió en un accidente siendo joven, si lo contagiaron de Sida siendo mayor. Lo importante es que ya no vive. Lo traje al mundo a morir. Mi hija morirá algún día, seguramente después que yo misma muera.

FEDE.- ¿Le tienes miedo a la muerte?

ELENA.- Sí, por no saber cómo voy a morir. No por otra cosa, porque sé que para eso nací, para llegar a ella.

CLEO.- No me gusta el sesgo que ha tomado la plática. Yo venía muy contento, con ganas de reír, de bailar, de cantar.

ELENA.- Sí, vamos a cantar. Yo recuerdo una canción de cuando era niña. ¿O sería más bien un arrullo infantil. (*Lo dice canturreándolo. Se emociona con el recuerdo*)

“Este lindo niño

Se quiere dormir

Tiéndanle su cama
En el toronjil.

Toronjil de plata,
Torre de marfil,
Este niño lindo
Ya se va a dormir.

Duérmete, niñito,
Que voy a lavar
Pañales de lino
Con agua de azahar”.

Todos se quedan ensimismados con este arrullo. Fede se acerca a Elena y recuesta su cabeza en sus piernas. Ella le acaricia el cabello. Así permanecen un largo momento. Rossy toma de la mano a Cleo y lo lleva a otra zona. Se oscurece la primera.

CLEO.- ¿Qué quieres?

ROSSY.- Platicar contigo.

CLEO.- ¿De?

ROSSY.- De ti, de mí. Hace rato me sentí por primera vez sola.

CLEO.- Cuando cantó Elena.

ROSSY.- Me sentí sin bases, sin nada. Como una recién nacida dejada en una canasta frente a la puerta de un edificio en ruinas, como éste.

CLEO.- Eso pasa, no dura. Te lo digo yo.

ROSSY.- ¿Te has sentido igual?

CLEO.- Muchas veces.

ROSSY.- ¿Hoy?

CLEO.- Siempre.

ROSSY.- ¿Nunca te gustaron las mujeres?

CLEO.- Nunca lo probé.

ROSSY.- ¿No tienes alguna duda, no piensas que es mejor?

CLEO.- No.

ROSSY.- Yo sí he tenido muchas dudas. No de que me puedan gustar las mujeres, de eso no, tengo duda de lo que hubiera sido mi vida si hubiera estudiado, si no me hubiera casado con ése, de...

CLEO.- Cosas que no fueron. ¿Para qué buscarle cinco pies al gato?

ROSSY.- Tú y yo podríamos formar una pareja y salir de esto. Podríamos apoderarnos de la petaca de Elena y así ser ricos. Tú me gustas.

CLEO.- ¿Así?

ROSSY.- No, cuando te vistes de hombre. Eres guapo. ¿Lo sabías?

CLEO.- Por eso me buscan tantos.

ROSSY.- ¿Alguna vez trataste de hacer el amor a una mujer?

CLEO.- No.

ROSSY.- ¿No te gustaría probar?

CLEO.- ¿Para qué?

ROSSY.- Para sentir otras cosas, para ejercer tu parte masculina. No la has perdido, está dentro de ti aunque no lo quieras.

CLEO.- Puede ser interesante. Aunque no creo que pudiera.

ROSSY.- Así podrías echarle en cara a tu hermano sus mentiras.

CLEO.- No fueron mentiras. El me vio con su amigo, con el que me violó. Yo tenía 13 años. Los dos se rieron mucho.

ROSSY.- Lo siento.

CLEO.- No tiene importancia, ya pasaron muchos años de eso.

ROSSY.- ¿Te he dicho que me gustas como hombre, que te deseo?

CLEO.- Que te gusto, sí, que me desees, no.

ROSSY.- Te deseo mucho.

CLEO.- Fede es más joven que yo, con él...

ROSSY.- Con él me acuesto siempre, no es ninguna novedad.

CLEO.- ¿También te gusta?

ROSSY.- Él no tanto, pero por al menos es joven.

CLEO.- A mí sí me gusta, pero nunca se lo voy a decir. Ya ves cómo me trata.

ROSSY.- Piensa que estás quitándole su lugar conmigo y con la Señó.

CLEO.- Nadie le quita nada.

ROSSY.- Déjame probar contigo. Si no resulta no se ha perdido nada.
¿Quieres?

CLEO.- No sé, no quiero hacerme más daño.

ROSSY.- Ven.

Cleo se resiste, al fin se acerca a Rossy. Esta cariñosamente lo empieza a abrazar, a acariciar, a besar. La luz se va desvaneciendo hasta hacer oscuro total en esa zona. Se ilumina la de Elena y Fede. Éste prácticamente está dormido en el regazo de Elena. Elena tiene deseo de levantarse. Mueve con delicadeza a Fede hasta que hace que despierte y se enderece.

ELENA.- Perdona, pero se me durmió la pierna. *(Elena hace movimientos para desentumir la pierna, puede hasta pararse y dar unos pasos. Sonríe)* Ya

despertó la muy floja. ¿Sabes qué? Se me antojó un café. ¿Me haces favor de traerme uno? (*Cuando Fede va a ir se arrepiente Elena*) No, déjalo, después no duermo y no dormir en este lugar es pasarse la noche escuchando a las ratas, a los ratones, a los perros que vienen a buscar desperdicios, a las moscas. Un concierto nada agradable.

FEDE.- Ya te hubieras ido a vivir a otro lado. Tienes dinero, tienes joyas...

ELENA.- Y dale con las joyas.

FEDE.- ¿Qué collar es más grande, el de perlas o el de esmeraldas?

ELENA.- El de perlas, por supuesto. Las esmeraldas son mucho más caras.

FEDE.- ¿Quién te las dio...o acaso las robaste?

ELENA.- (*Rie*) Todo he hecho en esta vida, menos robar. No puedo. Una vez lo intenté, quise robarle a un amante rico que tuve, me cachó con las manos en la masa. Lo bueno que estaba muy enamorado y me perdonó.

FEDE.- ¿Entonces?

ELENA.- ¿Entonces qué?

FEDE.- ¿Quién te las dio?

ELENA.- Distintas personas. El de perlas lo gané.

FEDE.- ¿En una rifa?

ELENA.- No, trabajando, recitando.

FEDE.- ¿Qué?

ELENA.- No pongas esa cara. Hace años había recitadoras, y todas ganaban bien. La más famosa fue Bertha Singerman, una argentina, después estaba yo. Di recitales en todo el mundo: Madrid, Buenos Aires, Montevideo, Sevilla, Lima, Guatemala, Barcelona...En todos lados me aclamaban. Una vez recité en Morelia “Los cuatro coroneles de la Reina” de mi amado Amado Nervo. Qué apoteosis. Cientos de ramos de rosas caían a mis pies y entre las rosas

cayó el collar. Nunca supe quién me lo envió. Será por eso pero nunca dejé de decir esa poesía. Me encanta.

FEDE.- ¿Te acuerdas?

ELENA.- Creo que sí.

FEDE.- Dímela.

ELENA.- Estás loco.

FEDE.- Porfa.

ELENA.- Ya no tengo voz, ya...

FEDE.- Ándale, no te hagas...

ELENA.- Bueno, pero cuidadito con reírte. Qué tal y se me olvida algo.

FEDE.- Juro no reírme.

Elena se transforma en la recitadora. Se pone de pie y ahora ágil y con mucho humor dice el verso de Amado Nervo.

“La reina tenía

Cuatro coronels:

Un coronel blanco,

Y un coronel rojo,

Y un coronel negro,

Y un coronel verde.

El coronel blanco nunca fue a la guerra;

Montaba la guardia cuando los banquetes,

Cuando los bautizos y cuando las bodas;

Usaba uniforme de blancos satenes;

Cruzaban su pecho brandenburgos de oro,

Y bajo su frente,
Que la gran peluca nívea ennoblecía,
Sus límpidos ojos de un azul celeste
Brillaban, mostrando los nobles candores
De un adolescente.

El coronel rojo, siempre fue a la guerra
Con sus mil jinetees
O, llevando antorchas en las cacerías,
Con ellas pasaba cual visión de fiebre.
Un yelmo de oro con rojo penacho
Cubría sus sienes;
Una capa flotante de púrpura
Al cuello ceñía con vivos joyeles,
Enorme carbúnculo ardiente.

El coronel negro para las tristezas,
Los duelos y las
Capillas ardientes;
Para erguirse cerca de los catafalcos
Y a las hondas criptas descender solemne,
Presidiendo mudas filas de alabardas,
Tras los ataúdes de infantes y reyes.

Más cuando la reina dejaba el alcázar,
A furto de todos, recelosa y leve;
Cuando por las tardes, en su libro de horas,

Miniado por dedos de monje paciente,
Murmuraban rezos tras de los vitrales;
Cuando en el reposo de los escabeles
Bordaba rubíes sobre los damascos,
Mientras la tediosa cauda de los meses
Pasaba arrastrando sus mayos floridos,
Sus julios quemantes, sus grises diciembres;
Cuando en el ensueño sumergía su alma,
Silencioso, esquivo, la guardaba siempre
Con la mano puesta sobre el fino estoque,
El coronel verde...

El coronel verde llevaba en su pecho
Vivo coselete
Color de cantárida; fijaba en su reina
Ojos de batracio, destilando fiebre;
Trémula esmeralda lucía en su dedo
Menos que sus crueles
Miradas de ópalo, henchidas de arcanos
Y sabiduría, como de serpiente...

Y desde que el orto sus destellos lanza
Hasta que en ocaso toda luz se pierde,
Quizás como un símbolo, como una esperanza,
Liba tras la reina su coronel verde!”

Fede le aplaude con entusiasmo, ella deja de ser la gran recitadora y regresa a sentarse en su lugar de siempre.

FEDE.- Me gustó.

ELENA.- La poesía no es para gustar, es para sentir, para enamorar, para sufrir, para soñar. ¿No te soñaste como un coronel verde? Si no, es que fallé yo o fallaste tú. El poeta no.

FEDE.- Me sentí el coronel negro. El que está tras de la muerte.

ELENA.- Cualquiera podías ser, el blanco, por joven, por bello; el rojo por desear luchar en el vida, el verde por enamorado, pero nunca el negro. Eso déjame a mí que estoy más cerca de ella.

FEDE.- Siento que voy a morir hoy mismo. Me falta...

ELENA.- ¿Droga?

FEDE.- Sí. Dame dinero.

ELENA.- No tengo.

FEDE.- Entonces una de tus joyas. Tienes muchas.

ELENA.- No son para ahora, son para después.

FEDE.- La necesito.

ELENA.- Ve a buscar fuera, trabaja, roba, haz lo que quieras, pero afuera.

FEDE.- Dame tu maleta. Te juro que sólo me llevo una joya.

Elena se asusta. Se abraza a su maleta. Se queda mirando a Fede en reto. Fede se acerca amenazante. Se arrepiente. Se retira. Ella sonríe. El vuelve más resuelto. Trata de arrebatarle la maleta. Elena se aferra a ella. El la arrastra con todo y maleta. Le tira una patada para que la deje. Ella gritando termina por soltarla. Fede corriendo sale del lugar. Elena, desesperada, se queda llorando en el sitio sin poder hacer otra cosa.

Equipaje de ilusiones

FIN DEL SEGUNDO ACTO

TERCER ACTO

Mismo lugar. Elena duerme envuelta en varios sarapes. La cuidan Rossy y Cleo. Es un día frío. Cerca tienen encendida una fogata y encima de ella tienen puesto un bote con agua para hacer café o té, también para poner agua en una bolsa de agua caliente o botellas, que llevan para calentar a Elena.

ROSSY.- Al fin se durmió. Anoche se quejó mucho.

CLEO.- ¿No tendrá un hueso roto? Cada vez que se mueve parece que va a llorar del dolor. Deberíamos llevarla al médico aunque ella no quiera. Luego será nuestra responsabilidad.

ROSSY.- Dijo que jamás, que ella sola se iba a componer.

CLEO.- ¿Por qué no quiere?

ROSSY.- No sé ni me importa. Ella así lo pidió y así se hará.

CLEO.- Ustedes las mujeres...

ROSSY.- ¿Tienes algo en contra nuestra?

CLEO.- No, hasta eso que no.

ROSSY.- Menos mal.

CLEO.- ¿Si habrán estado las joyas en el equipaje?

ROSSY.- No he vuelto a ver a Fede. Ya debe estar en otro país disfrutando. Aunque lo dudo. Él nació para sufrir no para gozar. Yo así dividiría a la humanidad, no en ricos o pobres, ni hombres o mujeres. Para mí se dividen en gozosos y tristes. Elena está en los gozosos, Fede en los tristes.

CLEO.- ¿Y yo?

ROSSY.- ¿Tú? ¿No lo sabes?

CLEO.- Ya sé lo que vas a decir, que entre los tristes. Nunca debí llorar frente a ti, nunca lo hago frente a nadie.

ROSSY.- Me gustó que lloraras. Yo me aguanté para no hacerlo porque ibas a pensar que lloraba por no haber logrado...

CLEO.- No me lo recuerdes.

ROSSY.- ¿Lo podremos hablar algún día?

CLEO.- No. Yo sabía que no iba a poder y así sucedió. No hay otra cosa.

ROSSY.- ¿Te sentiste muy mal?

CLEO.- Lamenté no complacerte.

ELENA.- (*Despertando*) Mi maleta, traigan mi maleta.

Rossy se acerca a ella. Le acaricia el cuerpo o las manos.

ROSSY.- ¿Quieres un té, un café?

ELENA.- Ya sabes lo que quiero, mi maleta, mis cosas.

ROSSY.- Las estamos buscando.

ELENA.- ¿Aquí, sentados? De seguro que la van a encontrar.

ROSSY.- No queremos dejarte sola.

ELENA.- ¿Por qué no? No estoy lisiada ni nada de eso.

ROSSY.- Anoche te quejaste mucho.

ELENA.- No por el dolor, me quejé por mis cosas. Si me las traen verán que les canto y bailo como nunca.

CLEO.- ¿Qué tenías en ella?

ELENA.- Mis cosas.

CLEO.- Eso me queda claro, pero qué. A la mejor podemos conseguirte algo de eso.

ELENA.- ¿Puedes conseguirme un recuerdo mío? ¿Verdad que no? La quiero como estaba, con lo que tenía. Busquen a Fede. No debe estar lejos.

CLEO.- Pensamos que sí. Con dinero...

ELENA.- No había dinero, nunca lo hubo.

CLEO.- Las joyas.

ELENA.- Esas menos. Esas las tengo yo.

CLEO.- ¿Dónde?

ELENA.- ¿También tú quieres robarme?

CLEO.- No.

ELENA.- Entonces déjalas en su lugar, que descansen, ya tendrán su tiempo para salir, para deslumbrar.

CLEO.- Tiene razón. Olvidemos las joyas.

ELENA.- Y lo malo.

CLEO.- Y lo malo.

ELENA.- Pero tú nunca lo olvidas.

CLEO.- Algunas veces, por momentos.

ELENA.- ¿Lo de tu hermano?

CLEO.- No.

ELENA.- ¿Entonces?

CLEO.- Cosas.

ELENA.- Platícame, yo siempre les platico a ustedes, justo es que alguna vez ustedes lo hagan.

ROSSY.- Voy a lavar algo de ropa para que ustedes hablen.

ELENA.- Sí, hija, ve.

Elena sale. Cleo se queda sin saber que decir. Elena espera.

ELENA.- Estoy esperando.

CLEO.- Sospecho que así se va a quedar mucho tiempo. No tengo nada que decir.

ELENA.- ¿Quién es David?

CLEO.- ¿Cómo supiste de él?

ELENA.- Los tres dejaban siempre todo tirado: ropa, papeles...

CLEO.- Murió de sida.

ELENA.- ¿Era tu pareja?

CLEO.- Sí.

ELENA.- ¿Te contagió?

CLEO.- No.

ELENA.- ¿Estás seguro?

CLEO.- Al menos eso dicen los exámenes médicos. Me hice muchos.

ELENA.- ¿Por eso te viniste acá?

CLEO.- Todos me señalaban, todos pensaban que yo también estaba enfermo. No podía hablar con nadie de él y yo lo amaba, lo amaba profundamente. Mejor huí. Ahora soy travesti, me divierto mucho y no veo a nadie.

ELENA.- Todos huimos de algo pero no podemos dejar el pasado, en especial el pasado que nos duele. El dichoso si lo podemos olvidar y así lo hacemos. Creo que todos somos masoquistas en el fondo. Nos encanta la sufridera.

CLEO.- A mí no.

ELENA.- A ti y a todos. Me hablaste de la muerte de David y no del momento en que lo conociste, no el momento en que supieron que se amaban. Rossy habla del marido que la estafó, Fede, que en el infierno esté, hablaba de la incomprensión de sus padres. Y hay tantas cosas bellas en la vida de que hablar.

CLEO.- Tienes razón. Nunca más vuelvo a ese tema.

ELENA.- Tampoco. Lo bueno hay que mezclarlo con lo malo para que sea doblemente bueno, si no con qué lo vamos a comparar. Muere alguien pero nacen muchos otros, hay un desastre natural y aparece la solidaridad en el mundo.

CLEO.- ¿Ya perdonaste a Fede?

ELENA.- Nunca lo voy a hacer. ¿Sabes que me robó?

CLEO.- No.

ELENA.- Se robó mis recuerdos. Eso es lo que se llevó. Mis recuerdos de toda la vida: una carta, una foto, un rosario, un libro, una cajita de música, un abanico, mis guantes de gamuza... Cosas sin valor para nadie más que para mí. Recuerdos de la niñez, de la juventud, de mi madurez como mujer, de cuando fui madre, de... *(Le gana la emoción. Derrama alguna lágrima que trata de contener)* Prefiero no seguir recordando.

CLEO.- Lo siento.

ELENA.- También se llevó mi ropa, mis cosas de todos los días; mi jabón, mi crema, mi peine, mis aspirinas, mi mantelito, mis lentes.

CLEO.- ¿No se llevó dinero?

ELENA.- ¿Dinero?

CLEO.- Tu dinero.

Entra Rossy. Trae la maleta de Elena en la mano. Elena emocionada la mira.

ROSSY.- Estaba afuera.

ELENA.- ¿Sola?

ROSSY.- Sí.

ELENA.- Tráela acá.

Con una gran tensión recibe la maleta, la abre, mete las manos en ella. Decepcionada la deja de lado.

ELENA.- Solo está la ropa, no los recuerdos. Me cortaron mi cordón umbilical con la vida. Ahora soy libre, pero libre para qué. (*Quedamente se pone a llorar. Después de un momento va a abrazarla Rossy. Así están un largo momento. De repente Elena se pone de pie. Cambia su actitud, Ahora está alegre*) Ya regresó mi equipaje, mi equipaje de ilusiones, viene sin ellas, tendré que llenarlo de nueva cuenta.

CLEO.- Habías dicho de recuerdos.

ELENA.- También de ilusiones. Un recuerdo lo guardamos con la ilusión de que se repita ese instante en que nos dan la flor, el beso. Un pañuelo lo guardamos con la ilusión de que él vuelva, de que se seque el sudor con él. Si no fuera la ilusión los recuerdos no valdrían nada. Nos ilusionamos con que vuelvan a la vida nuestros padres, que vuelva la felicidad a nosotros, que regrese la belleza y la juventud. Por eso digo que voy a llenar nuevamente mi maleta de ilusiones, los recuerdos vendrán después y si no vienen los inventamos. Para eso existen las casas de anticuarios. Para llenarnos de recuerdos. Recuerdos de otros que hacemos nuestros. Allá estará mi abanico de plumas, mi pluma de oro, el perfumero francés, mi camafeo italiano, los encajes de Bruselas. Todo, todo estará allá y lo único que tengo que hacer es ir a buscarlos. Y quiero que todos vayamos, que entre todos llenemos esta valija.

CLEO.- Nadie tiene dinero.

ROSSY.- Todo eso cuesta.

ELENA.- Para eso están mis joyas.

CLEO.- Nuevamente vamos a empezar con las joyas.

ELENA.- Quiero que todos nos pongamos lo mejor. ¡Vamos ir a comprar ilusiones! ¿No es fantástico?

CLEO.- (*Contagiado por el entusiasmo de Elena*) Yo compraré la ilusión del regreso de David.

ROSSY.- Yo volveré a ser joven, a buscar marido, a pensar en la felicidad del hogar.

ELENA.- A mí me ilusiona mi auto descapotado para pasear por Madero, por Reforma. Me encantaría un vestido muy, pero muy corto para bailar Charlestón; una mantilla blanca para ponerme el día de mi boda; mi traje de baño de una pieza para asolearme en Caleta, unos pupilentes azules para asistir al baile de Aniversario...

CLEO.- Voy a cambiarme.

ELENA.- Tú Rossy, ponte lo mejor, tu traje más chillón, más apretado, más sexi. Yo mientras tanto descansaré un momento.

Salen Cleo y Rossy. Elena se sienta en las ruinas. Se le nota cansada y enferma. Lucha contra esto. Se levanta. Revisa nuevamente el interior de su petaca. Va de un lado a otro. Al volver de un extremo se encuentra frente a frente a Fede. Éste tiene la cabeza gacha. Elena está por irse a otro sitio. Fede la mira. Ella, haciendo un esfuerzo se enfrente a él.

ELENA.- ¡Vete!

FEDE.- No.

ELENA.- Nada tienes que hacer en este lugar.

FEDE.- Te equivocas.

ELENA.- ¿Vienes a robarme otra vez?

FEDE.- No.

ELENA.- Vienes por las joyas.

FEDE.- No.

ELENA.- Si no vienes a eso te puedes marchar. No tienes otra cosa.

FEDE.- Déjame estar.

ELENA.- ¿Así, sin pedir perdón, sin nada de nada?

FEDE.- Pedir perdón no regresa las cosas.

ELENA.- No, no las regresa, pero al menos se ve la intención de arrepentimiento.

FEDE.- Necesitaba dinero.

ELENA.- Te llevaste todo el que tenía. Todos mis ahorros.

FEDE.- Ya no los tengo. Todo gastado.

ELENA.- En drogas.

FEDE.- En drogas.

ELENA.- ¿Mis cosas, mis papeles, mis fotos, mis cartas, mis documentos?

FEDE.- Quemados. Nunca pensé regresar. Eran testimonios en contra mía.

ELENA.- ¿Sabes lo que hiciste?

FEDE.- Recuperé tus ropas.

ELENA.- Es lo que menos me interesaba.

FEDE.- ¿Vas a golpearme, a matarme?

ELENA.- Eso debería hacer.

FEDE.- Hazlo.

ELENA.- ¿A qué regresaste?

FEDE.- Nomás.

ELENA.- ¿Nomás qué?

FEDE.- Nada.

ELENA.- Si no lo dices ahorita llamo a Cleo y a Rossy para que me ayuden a arrojarte a la calle que es donde deberías estar.

FEDE.- Hazlo.

ELENA.- No me desesperes, maldito muchacho. ¿Qué viniste a hacer aquí donde nadie te necesita?

FEDE.- Nomás.

ELENA.- Es extenso tu lenguaje, es elegante, distinguido. ¡Nomás!

FEDE.- ¿Puedo quedarme?

ELENA.- Lo más que puedes hacer es asesinarme, ya que me robaste todo lo que tenía. Y no creo que tengas el valor de hacerlo.

FEDE.- ¿Entonces sí?

ELENA.- Habría que preguntarles a Rossy y a Cleo.

FEDE.- Van a decir que no.

ELENA.- Entonces será no.

FEDE.- Déjame contigo. No tengo otra cosa en la vida.

ELENA.- Pensando bien las cosas tú hiciste lo que todos los hijos, robarle todo a sus madres. El tiempo, el cariño, las fuerzas, las esperanzas. Todo. Después tranquilamente se van.

FEDE.- Yo estoy aquí.

ELENA.- No eres mi hijo.

FEDE.- No te hagas tanto de rogar.

ELENA.- No me has rogado ni una sola vez.

FEDE.- Esta bien. Te lo ruego. ¿Contenta?

ELENA.- Voy a hablar con los otros.

FEDE.- Te traje un vino.

ELENA.- Vaya, hasta que se te ocurrió algo bueno. Lástima que te llevaste mi mantel, mi copa, mi vajilla.

FEDE.- También te traje la copa y el abridor.

ELENA.- ¿Qué esperas para dármelos?

Federico sale corriendo feliz, regresa un momento después con dos copas, un abridor y una botella de vino. Le entrega todo a Elena que los toma feliz. Le regresa la botella a Fede para que la abra. Éste lo hace. Elena sirve las dos copas. En silencio levanta la copa para brindar. Bebe todo la copa sin dejar de ver a los ojos a Fede. Este termina por llorar. Corre a abrazar a Elena. Esta lo mantiene abrazado un largo tiempo. Entra Rossy, viene vestida muy sensual. Se queda viendo a Fede. Sonríe.

ROSSY.- Mira, ya regreso el perdido.

FEDE.- ¿Te molesta?

ROSSY.- A mí ni una cosa ni la otra. Pregúntale a Elena que es la afectada.

FEDE.- Ya hablé con ella.

ROSSY.- Y por lo que veo ya te perdonó.

FEDE.- Así es.

ROSSY.- De ahora en adelante tendré que cuidar mis cosas. No vaya a ser...

FEDE.- Volví también por ti. Te necesitaba.

ROSSY.- Ya lo creo, ninguna te lo iba a hacer gratis como yo.

FEDE.- Te necesitaba a ti como persona.

ROSSY.- Sí, lo noté.

FEDE.- Es en serio.

ROSSY.- Pues yo no.

FEDE.- Me haces falta.

ROSSY.- Tú a mí no.

ELENA.- Ya no mortifiques a este pobre muchacho, te está diciendo que te quiere y que quiere volver a ti. ¿No es cierto Fede?

FEDE.- Bueno, sí, de otra forma, pero sí.

ROSSY.- Voy a pensarlo.

Sale Cleo, despampanante, con un bello vestido y sombrero; modela frente a todos. Le aplaude Elena y Rossy. Sonríe ampliamente. No se ha dado cuenta de la presencia de Fede. Se acerca al grupo.

CLEO.- *(El gusto y entusiasmo que traía se desvanece al ver a Fede)* ¿Y éste?

ELENA.- Nos va a acompañar.

CLEO.- ¿A acompañar o a robar de nuevo?

ELENA.- A acompañar.

CLEO.- Lamento decirles que estoy ocupado y no podré ir con ustedes esta noche.

ROSSY.- Íbamos a ir todos.

CLEO.- Tu lo dijiste, íbamos, en tiempo pasado.

ELENA.- Si te lo pido yo.

CLEO.- Tendría que decir lo mismo, que estoy ocupado esta noche.

FEDE.- Si quieren yo me voy.

CLEO.- Es lo menos que esperaríamos de ti.

ELENA.- Ya se disculpó con nosotras.

CLEO.- ¿Y devolvió lo que se llevó?

ELENA.- Sí.

ROSSY.- Yo no vi...

ELENA.- Ya todo lo guardé en su lugar.

CLEO.- Mejor. Ya me voy. Qué tengan una feliz noche.

ELENA.- No la tendremos si no estás con nosotros. Te lo ruego, y mira que yo nunca ando rogando a nadie, ni a mi marido rogué.

ROSSY.- Es sólo este día.

CLEO.- ¿Dónde vamos a ir? ¿ Dónde creen que nos van a dejar entrar con nuestro vestuario: uno vestido de travesti, que soy yo, otra vestida de cabaretera, que es Rossy, otro vestido, bueno por decir algo, vestido de...hippie, que es Federico y por último, la Señora Elena vestida de....de...

ELENA.- De loca. Dilo. Sólo estando un poco loco se puede vivir la vida. Y yo soy la loca mayor. Antes de irnos vamos a tomar un trago, tengo una botella de vino alemán. *(De entre sus ropas saca la botella que ya está abierta. Quita el corcho. Brinda).* ¡Por la vida! *(Pasa la botella donde todos beben. Ella empieza a toser, cada vez lo hace con más fuerza. Se aprieta el pecho. Rossy es la primera en asustarse).*

ROSSY.- Algo le pasa a Elena, se le atoró el vino.

ELENA.- No me pasa nada. Es una tos. *(Tose con más fuerza y angustia)*

CLEO.- No me gusta esa tos, es como si se estuviera ahogando.

FEDE.- ¿ Y si no es por el vino, si es del pulmón o del corazón?

CLEO.- Tenemos que llevarla a un médico o a una clínica.

ROSSY.- O que venga uno acá.

CLEO.- Aquí no le pueden hacer nada.

ELENA.- Ya me voy a poner mejor.

CLEO.- ¿Cuánto dinero tienen?

ROSSY.- Yo tengo como seiscientos pesos.

FEDE.- Yo no tengo nada.

CLEO.- Elena tampoco tiene, después de que alguien le robo...

FEDE.- Ya pedí perdón.

CLEO.- Yo tengo cerca de mil pesos. Creo que nos alcanza, al menos para el día de hoy, después ya veremos.

ROSSY.- Ustedes vayan sacándola, yo arreglo sus cosas.

ELENA.- No voy a ningún lado, ya se los dije.

CLEO.- Te puedes poner peor.

ELENA.- Peor sólo será la muerte y a esa hace mucho tiempo que la espero.

FEDE.- No te vamos a dejar morir. Tú eres todo lo que tengo en la vida.

CLEO.- Se nota.

FEDE.- Ya, por favor. Un error todo el mundo lo comete.

ELENA.- Escúchenme. *(Se ahoga con la tos cuando habla)* Yo sé que esto va a pasar, pero si no es así no quiero que me lleven a ningún lado. Si he de morir que sea en este lugar.

ROSSY.- ¿Y si no mueres, si te pones mala y no puedes respirar o algo así? No podemos dejarte sufrir en un lugar como este.

ELENA.- Traigan médicos, enfermeras, lo que sea, pero aquí.

CLEO.- No tenemos dinero. En los hospitales siempre hay una posibilidad de que no cobren.

ELENA.- No quiero estar de arrimada, de favorecida por un gobierno que no me ha dado nada y menos aún por alguna monja en un hospital religioso. Quiero morir con dignidad.

CLEO.- Hasta para eso hace falta el dinero.

ELENA.- Yo lo tengo.

CLEO.- ¿Tú?

FEDE.- Yo me lo llevé. Acuérdate.

ELENA.- Tengo las joyas. *(Le da un fuerte ataque de tos, cae desfallecida en el piso. Rossy le levanta la cabeza y la coloca sobre sus piernas)*

CLEO.- No te engañes a ti misma ni nos engañes a nosotros. Debemos saber con lo que contamos.

ELENA.- No engaño, no miento. Ustedes siempre quieren que yo mienta. Nunca ha mentado.

ROSSY.- ¿Dónde están las joyas? ¿En una petaca?

FEDE.- No existe esa petaca, yo la busqué mucho, y ustedes también.

CLEO.- Mentira.

ROSSY.- Eso lo discutiremos después, lo importante es que tenga atención médica lo más pronto posible. Yo opino que debemos llevarla al hospital aunque ella no esté de acuerdo.

CLEO.- Creo que tienes razón.

FEDE.- Voy a parar un taxi.

ELENA.- Esperen, no lo hagan. Aquí están mis joyas, (*Saca del pecho una bolsita de piel que contiene varias joyas*) No son muchas pero todas tienen valor. Véndalas o paguen con ellas, pero no me lleven a un hospital.

CLEO.- (*Examinando las joyas*). Con esto podemos pagar cualquier tratamiento. Vamos.

ELENA.- (*Tose hasta ahogarse. Se repone*). Si me llevan diré que me robaron mis joyas, que los metan a la cárcel a los tres.

ROSSY.- Entiende que es por tu bien.

ELENA.- Si fuera yo a morir pronto allá no diría nada, pero qué tal y me alivio. No tardará mi hija en dar conmigo.

CLEO.- ¿Tu hija? ¿Qué tiene que ver tu hija con todo esto?

ELENA.- Ella quiere las joyas. Fue ella la que me internó en el asilo del que me escapé.

ROSSY.- ¿Te escapaste de un asilo?

ELENA.- Sí, en la madrugada. Al celador le tuve que dar mi anillo de brillantes. Pero estoy libre. De ahí me vine a este lugar. Y aquí quiero morir, ya se los dije. Morir siendo libre. Libre aún para escoger mi muerte. (*La tos se hace menos fuerte pero más débil. Debe dar la impresión de una muerte inminente*).

FEDE.- ¿Voy por el taxi? Se está poniendo peor.

ROSSY.- Ve. ¡Córrele!

CLEO.- Nadie va a ningún lado. Si ella decidió morir aquí, aquí morirá.

FEDE.- Lo que quieres es quedarte con las joyas.

CLEO.- Aquí están, tómelas el que las desee.

ROSSY.- Son para ella, para su tratamiento.

Rossy toma las joyas, cierra bien la bolsa y se la vuelve a poner dentro de la ropa, en el pecho. Elena sonríe.

ELENA.- Quiero dormir, ya me siento mejor. C ntenme alguno de ustedes el arrullo que les enseñ . Mañana iremos todos a festejar.

Fede inicia el canto al que se unen los otros dos.

“Este lindo niño
Se quiere dormir
Ti ndanle su cama
En el toronjil.

Toronjil de plata,
Torre de marfil,
Este niño lindo
Ya se va a dormir.

Duérmete, niñito,

Equipaje de ilusiones

Que voy a lavar

Pañales de lino

Con agua de azahar”.

Elena se va quedando dormida. No sabemos si para mejorar o para morir. Se va haciendo oscuro mientras se sigue escuchando la música.

FIN

RESUMEN: UNA MUJER YA DE EDAD ESCAPA PARA NO IR A UN ASILO DONDE QUIERE MANDARLA LA HIJA. SE VA A VIVIR EN LAS RUINAS DE UN EDIFICIO. AHÍ SE RELACIONA CON OTROS TRES MENDIGOS. UNO DE ELLOS QUIERE ROBARLE PENSANDO QUE LLEVA JOYAS EN SU EQUIPAJE. NOS HABLA ESTA OBRA DE LA SOLIDARIDAD, DE LA LIBERTAD, DE LA DIGNIDAD.

PERSONAJES: DOS MUJERES, DOS HOMBRES